

Debieron dejar la puerta abierta

Fátima Velador Dávila

Apenas habían dado las ocho de la mañana y ya se notaba que algo no estaba. Nadie sabía aún lo que era. Habrían notado que su olor faltaba en el aire, pero el petricor que entraba por las ventanas y que se pegaba a las paredes era tan fuerte que no les permitía notar su ausencia.

Ni la mayor fanática en todo el pueblo fue capaz de notarlo en un principio. Aunque lo había olido, visto e incluso sentido desde antes de aprender a hablar. Aunque había sido el pan de todos los días desde el primer día. Para la noche anterior, antes de que lloviera, lo conocía tan bien que notaba su presencia donde no estaba, cualquier sombra y reflejo carente de forma le recordaba su silueta. El aroma era inconfundible: lo tenía impregnado hasta en los dedos. A veces, cuando se recortaba las uñas, parecía desaparecer, pero al acercar las manos a la nariz para rezar volvía a encontrarlo.

Lo sentía en el buró, junto a la lámpara, en el humo de la veladora luego de que esta se apagara, en el cajón de la sala, entre las páginas del directorio. Lo encontraba reconfortante, satisfactorio. Había acompañado sus mejores momentos, como un espectador de cuanto le acontecía. Sería duro concebir la vida en esas cuatro paredes sin él.

En la calle tampoco era difícil encontrarlo. Su presencia flotaba en el aire, así que cada que alguien pasaba con prisa dejaba el rastro tras de sí, dando la impresión de que era suyo, que el olor había salido de su ropa. Era la esencia ahora desaparecida, rebotando entre cuerpo y cuerpo. Nadie podía crear su olor, nadie lo podía reproducir con intensidad o por accidente, pero el olfato de todos lo recordaba a detalle, delirando por él.

Habían salido de casa buscando lo mismo, querían volver a mirarlo, a sentirlo o, de no ser posible, al menos volver a olerlo. Daban los buenos días sin animarse a preguntar si lo había visto, si lo había hallado, porque nadie antes había preguntado una cosa así, porque nunca antes había desaparecido. Aquello que siempre estuvo los abandonó de un momento a otro, espantado quizá por la tempestad nocturna.

Como último recurso lo buscaron en la iglesia. Si tampoco estaba ahí, no lo hallarían en ninguna otra parte. Reconocían la madera y los clavos, pero lejos de eso todo eran muros atiborrados, cuyos adornos confundían aún más a los que buscando confortarse, se sentían enajenados. Y pese a que antes de entrar habían jurado que era el último sitio donde inquirir, se apresuraron a seguir afuera. La lluvia se acercaba de nuevo y quién sabe qué otra cosa se desvanecería. Esta vez se asegurarían de cerrar bien las puertas.